Cualquiera se imagina los murmullos del público la noche del estreno. Allí había una extraña mezcla de sentimientos: el asombro que produjo el corte nuevo é irregular del drama, la repugnancia que causó la verdad, el secreto deseo de ver fracasar la obra, y la necesidad de reirse un poco á costa del autor.

Mezclad todo esto, añadid mil pequeños prejuicios y otras tantas influencias mezquinas é indirectas, y obtendréis el espíritu de hostilidad harto evidente con que el público acogió las *Dos Hermanas*.

Y no se diga que la obra cayó porque era absolutamente mala, sino que se hundió porque no gustaba al público, porque para él era demasiado fuerte, y porque este buen público, alimentado con salsas picantes y comedias ligeras, no podía aún digerir un plato mal codimentado quizá, pero sabroso y sano.

En una noche ha habido silbidos para las *Dos Hermanas*, y atronadores aplausos para un juguete cómico que se representaba por vez primera. No quiero hablar de esta pieza, que puede ser chistosísima y regocijar á ciertas gentes; pero digo en alta voz que es indigno de un público inteligente acoger

con entusiasmo una verdadera farsa y burlarse de una tentativa formal y de importancia para el porvenir de nuestro teatro.

Los críticos de los lunes, los que más duros se habían mostrado con el drama de M. de Girardin, han tenido palabras de elogio al hablar del juguete chistoso. ¿Los críticos de los lunes formaban parte de la manifestación? La noche misma en que tuvo lugar esta manifestación vergonzosa, una de las pistolas que hay que disparar al final del drama no hizo fuego. Imaginaos qué carcajadas y qué silbidos. Esta es toda la moral del suceso. En Francia podéis hacer una obra maestra, pero debéis rogar encarecidamente al jefe del guardarropa que cebe con todo esmero las pistolas.

M. de Girardin tiene la inmensa desgracia de no conocer al público y de tratarlo como á un hombre, cuando con cualquier baratija se daría por satisfecho.

Después de todo, ¿qué quiere ese principiante, ese autor dramático recién nacido? Está cansado de las habilidades del día y de las trivialidades, y quiere intentar en la escena el examen de los grandes problemas sociales. Le dicen que el teatro se reduce á acción

y emoción, y él puede responder que ya lo sabe, y que sus personajes se moverán y tendrán bastante vida para que interesen y conmuevan. Ya está harto de la raquítica pintura de los caprichos del día y de la comedia de intriga, cuya gran cuestión estriba en saber si M. A... se casará con Mlle. B...; no quiere que le hablen de todo el teatro contemporáneo, que se compone de zarzuelas, de pretendidas obras literarias y de cuadros vivos; de ese pobre teatro que cuenta, todo lo más, con media docena de obras de verdadero valor. Lo que quiere el escritor de que se trata es el estudio franco del corazón humano, el drama vivo que nace de las fatalidades sociales, y la moralización indirecta por medio de la exposición lógica y poderosa de la verdad; en una palabra, el teatro amplificado y dotado de mil asuntos nuevos.

La gente finge que no comprende; habla del autor dramático, pero no hace mención del innovador, del hombre que trata de abrir una nueva senda. Hablad de la idea, condenad su aplicación si os parece desdichada; pero reconoced la necesidad que tenemos de renovar el teatro, y lo útil que sería dirigirse hacia la

realidad humana; decid si en el estudio de los problemas sociales, reducidos al teatro y estudiados en la vida ordinaria y en las relaciones que los hombres tienen entre sí, no hay un manantial fecundo de emociones y de acción. No sois tan ricos que podáis impunemente haceros ciegos y sordos. Se trata de llegar á una conclusión, de saber si es necesario ó no hacer tentativas para presentar algo original, para introducir nuevos asuntos; no se trata de aplaudir *El Suplicio de una mujer* ni de silbar las *Dos Hermanas*.

Yo hubiera querido que alguno de los hombres de experiencia tratara la cuestión bajo este punto de vista; quizá me hubiera convencido para que fuera á silbar el drama. Pero mientras alguien no me pruebe que una obra mediana, hecha con todas las reglas, es preferible á una imperfecta y libre, mas con tendencias á abrir nuevas vías, aplaudiré instintivamente la última, la defenderé y llegaré hasta á creerla excelente. Estoy harto de mediocridades, y me causan horror los chistes que se hacen con molde, los juicios hechos y los ingenios mezquinos. Necesito un hombre que piense como tal.

No he visto la obra de que tratamos hasta la décimasexta representación. La sala estaba tranquila. La acción de dicha obra es sencilla, rápida y lógica; me ha parecido muy enérgica, y me ha causado profunda emoción.

Después de todo, quizá sea yo tan inexperto como el autor; no faltará alguien que diga que tampoco estoy acostumbrado al teatro, y que me he dejado embargar harto fácilmente por la angustia de la lucha entre dos hombres que no pueden salir de una situación terrible más que por la puerta de la muerte.

La historia es muy sencilla. Hay dos mujeres: una es Cecilia, corazón recto y bueno que llena sus deberes con enérgica voluntad, y está casada con un viejo gotoso é impotente, que recompensa su fidelidad creándole una vida desierta y sombría; la otra es Valentina, carne flaca, corazón vehemente y apasionado, que no ama á su marido, el cual la adora y trata de hacerla feliz; pero ella ama á otro. Tal es el doble drama, interesante y silencioso, más espantoso quizá entre Cecilia y el viejo libertino, que sólo ha conseguido darla nuevos tormentos haciéndola madre de una pobre niña escrofulosa y moribunda; luego viene el

drama escandaloso, el que se desarrolla en plena luz entre Valentina y Roberto, su marido; entre éste y Armando, el amante de Valentina. Un día, cuando todo se ha descubierto, los dos hombres, el amante y el marido, se encuentran cara á cara, encerrados en la horrible posición que les han creado sus corazones, las leyes y las costumbres del país en que habitan. Están como fuera del mundo, frente á frente, y comprenden que no tienen más que morir. Mueren, pues, y la lección está completa.

Lo que ha indignado al público ha sido la historia y los personajes, por demasiado verdaderos. La imprudente hipocresía ha llegado al punto de fingir la duda acerca de la existencia de Valentina en el mundo real. Abrid los ojos, pobres ciegos; el adulterio existe acá y allá, en todas partes; los ladrones de honor componen una muchedumbre. Es verdad que encontraréis poquísimas Cecilias. Salvo esta joven que se oprime el corazón con las manos para ahogar sus latidos, todos los personajes son malos, viciados por el ambiente en que viven. Armando, que tiene valor para morir, no tiene el de su amor; delante de Valentina,

que se ha entregado á él, se siente cobarde. Roberto castiga á Armando por un crimen que él mismo ha cometido diez veces. Los maridos y los amantes, que estaban en el teatro, no han querido reconocer su imagen y han murmurado.

Las gentes de experiencia han dicho que esto no es un drama, sino una noticia de gacetilla dialogada. No lo entiendo. Todo drama, ¿no es acaso un acontecimiento de la vida, puesto en diálogo? Dicen que hay reglas para hacer una buena obra teatral. Para conmover, para hablar á la razón y al corazón, no hay reglas.

Convengo en que el drama de M. de Girardin podía haber estado mejor equilibrado; que algunas escenas hubieran ganado con ser más cortas; que á veces faltan detalles y á veces sobran. Concedo todo eso; pero la cuestión no está ahí. ¿El drama existe ó no? ¿Para qué vosotros los hombres de experiencia, los que pretendéis conocer todas las triquiñuelas del oficio, dáis tanta importancia á detalles puramente de factura? Buscad la idea, ved si es dramática, y no digáis que el drama es un suceso de gacetilla. porque un suceso de gacetilla puede, perfectamente, ser un drama completo. Para vosotros, el talento consiste en arreglar á la escena el suceso de gacetilla; para mí, en la elección del suceso, en inventarlo, en escoger un asunto interesante y humano y lanzarlo animosamente á la escena, con poca habilidad quizá, pero con voluntad y energía. Tenemos muchos comediógrafos hábiles, y es justo que deseemos uno torpe que sepa crear.

Douzac y Luisa Campbel, los dos personajes secundarios que han gustado tan poco, no son, á todas luces, mejores que los personajes secundarios de otras obras que han merecido aplauso, pero tampoco son peores.

En cuanto al desenlace, ha servido al público de regocijo; aquellos muertos fatales le han parecido al público prodigiosamente cómicos. Por mi parte, confieso que los dos pistoletazos me han dejado plenamente satisfecho.

El cuarto acto era inútil, y el autor ha hecho bien en suprimirlo.

Toda la obra va encaminada al homicidio y al suicidio que hay al final; las reglas creo que no prescriben otra cosa; el desenlace es siempre el resultado necesario de una acción.

La lección es terrible para Valentín y para el público, y yo juraría, que, digan lo que quieran, esta obra, que saca á la escena uno de los dramas íntimos más frecuentes en nuestros días, ha conturbado á muchos espectadores de uno y otro sexo.

En suma, me explico perfectamente el fiasco de las *Dos Hermanas*. La obra se ha hundido, más por el público que por ella misma. Para que pasara esa verdad tan ruda, hubiera sido menester envolverla en papel dorado. Y he aqui por qué un drama que tiene situaciones fuertes, y que, lo repito, me ha parecido interesante, ha encallado en la gracia de opereta, en la afición á las cosas manoseadas y en la hostilidad de un público, que se había reunido para asistir á un fracaso.

No es menester aconsejar á M. de Girardin que tenga ánimo, porque es uno de los hombres á quienes las caídas engrandecen y las polémicas fortifican y rejuvenecen. Ha querido estudiar en *El Suplicio de una mujer*, en la primera versión, el perdón que un marido concede á la mujer culpable; en las *Dos Hermanas* ha querido examinar el duelo entre el marido y el amante, y demostrar la imposibilidad de que se lleve á efecto; ahora anuncia la tercer obra, y en ella presentará el asesinato permitido, que la ley tolera, cuando el esposo ultrajado sorprende á su esposa y al cómplice en flagrante delito.

Ignoro si el autor logrará apaciguar al público que tan irritado está contra él; le deseo tal voluntad y tanta realidad, para su futura obra, que sea imposible sustraerse á la emoción y negar los aplausos. De cualquier modo, puede tener la certeza de que ha sembrado los granos de una simiente que germinará. Si no aplaudo el drama de las *Dos Hermanas*, por él mismo, lo aplaudiré por las obras justas y verdaderas que han de nacer más pronto ó más tarde.